

LA MEMORIA

SETENTA AÑOS DEL BOMBARDEO Seis supervivientes del ataque aéreo sufrido por la localidad vasca durante la Guerra Civil muestran las únicas fotos de su infancia, de sus familias o sus casas que lograron rescatar del fuego. Recuerdos salvados del horror de aquel tiempo. Por **Eva Lamarca**. Fotografía de **Carlos Luján / Nophoto**.

SILBATO
LEQUETIO

FOTOGRAFÍA DE LUJÁN



DE GERNIKA

ANTES / DESPUÉS. Aspecto de Aretxalea, una de las vías de Gerrika, durante dos periodos distintos: en 1937, tras el bombardeo del 28 de abril, y en la actualidad.

EFE

Zi/04/1004



J. LERS

Ia casa había desaparecido. Y en ella, fotos quemadas, el abuelgo marón estrenado en Semana Santa, la máquina de coser de la madre, las canchales... y una moneda de oro que el padre había escondido bajo la pata de la mesa. Todo aquello con lo que Ricardo Arrién había crecido, se lo había llevado el fuego. Con 10 años se encontraba de nuevo ante el principio: ahora, marcado por la experiencia temprana de la muerte y la destrucción. Logró salvar una foto del niño que había sido antes de que el bombardeo del 26 de abril de 1937 en Gerulha se lo quitara todo. Ricardo no fue el único en vivir esta tragedia.

Keran las 16.40. Para los que no tenían reloj, las 15.40: aún no habían hecho el tradicional cambio de horario de primavera. Hacía días que Luis Iriondo no acudía al Instituto, cerrado por la guerra y convertido en cuartel. Sin clases y con 14 años, el joven pasaba el tiempo con su amigo Julio Benítez, a cargo de un estudio de fotografía. Allí aprendían a tomar y revelar imágenes. Una de ellas, su primer retrato, lo llevaba Iriondo consigo, en la cartera.

Harta de los devaneros fotográficos del hijo, la madre le buscó un puesto de mozo en el Banco de Bilbao, donde el joven se encontraba en el instante en que repicaron las campanas que anunciaban el bombardeo. Fue el director de la sucursal de Lekeitio quien le pidió a Iriondo que le acompañara a un refugio. Juntos atravesaron la feria de ganado, subieron las escaleras, y cuando llegaron a la plaza del mercado sonaron las primeras bombas. Legamos, al principio. Pero la gente que estaba comprando empezó a correr y empujó al chaval al refugio. Y, los tres minutos, ya no podíamos respirar. Eramos tantos y aquello era tan pequeño, sin ventilación,

Todo con lo que Ricardo Arrién había crecido se lo había llevado para siempre el fuego

ni luz... Morir enterrado vivo me altera", cuenta hoy en el mismo lugar donde entonces la gente llegó hasta a chupar las paredes húmedas para retener algo de líquido. Esa cavidad es ahora parte de un baño en un centro para personas mayores.

A los cinco minutos, el primer bombardeo cesó. "Salimos, y no hablamos dando ni dos pasos cuando se volvieron a escuchar las campanas. Lo había pasado tan mal que decidí quedarme en la entrada". Oja los aviones, las explosiones más y más cerca... "Me acordaba de mi amigo Ciriaco Arrién, que estaba en un lugar del bosque desde donde se divisaba al pueblo. Pensé: ¡oh!, lo estará viendo todo y yo no podré contarle mañana ni como son los aviones", comenta ahora Iriondo. Apocóntico contra un milliciano que no abrió la boca en las tres horas que duraron las detonaciones, el joven trató de rezar, interrumpido por las bombas.

A las 13.45 llegó, por fin, el silencio. Iriondo salió del escondido y corrió al lugar donde se guardaba su colega Cipriano: lo encontró muerto. "Y yo que lo había estado ayudando...". reflexiona ahora. Se subió a la hadera de la montaña y vio como su casa, en el centro del pueblo, se hundía. Nada, sin morada. De su pasado conservaba sólo la fotografía que él mismo reveló, y que aún hoy, como aquel día en el que le lloraron bombas, lleva en la cartera.

El cuerpo sin vida del amigo de Iriondo fue la primera experiencia de la muerte que tuvo Pedro Balbino a sus 16 años. Se topó con el cadáver en un egueto del monte Kosnauaga, desde donde presenció el at-



Escombros del pasado

Ricardo Arrién. Hoy tiene 80 años; en la foto antigua, a la fotografía histórica de la izquierda se tomó en junio de 1935, durante la festividad de San Juan. "Se debió salir del bombardeo en unos cajones que mi padre y mis hermanos rescataron del fuego", comenta hoy Ricardo Arrién. Lo hace sentado en el antiguo bar que regenta la familia (en la otra página). Sus padres son los que están pintados en los cuadros, detrás de él. Sobre la mesa, la imagen del nuevo hogar que la familia Arrién construyó con los escombros de su casa, quemada. Arrién conduce ahora un programa en la televisión local de Gerulha donde repasa la historia de su pueblo. ●

> Unico vestigio del "antes del bombardeo", como todo el mundo salió el tiempo aún hoy en Gerritka. Ahora, enmarcada, preside el comedor de su casa. Desde el día del bombardeo, Pedro Bailino no ha vuelto nunca más a ver a su padre, al que la guerra le cogió en Madrid. La foto es todo lo que tiene para recordarle.

Reavivar la memoria, recuperar a los seres perdidos del olvido es, precisamente, lo que hace Ricardo Arrién en la televisión local Olmendi (El Monte Olivo). En su espacio *Un día después* (En aquel tiempo, en latín), Ricardo comenta, entre cánticos y anécdotas, los pocos documentos que se salvaron aquel día. "Mostramos reproducciones del antes del pueblo, del entonces y del ahora. Lo hacemos porque durante un tiempo se nos borró todo". Se des-

"Recopilo imágenes de aquel tiempo porque durante muchas décadas se nos borró todo"

vaneó por falta de imágenes y sobre de silencios: el franquismo sovitivo en un primer momento que el bombardeo no había tenido lugar. Luego, visó la brutalidad del ataque que los corresponsales extranjeros mostraron al mundo, y preocupados por la posible reacción de la Iglesia católica, la prensa franquista fabricó la tesis de que Gerritka había sido destruida por los rojos para culpar al ejército republicano.

"Los rojos separaristas", declaran, "exclaman Ricardo aún enfadado. Él, como los otros 5.600 habitantes del pueblo, sabía que los aviones que ametrallaron a civiles e incendiaron sus casas no eran republicanos. Los vio aparecer en el cielo mientras se dirigía a un partido de pelota vasca. El juego se canceló y tuvo que correr hasta los refugios de la plaza de la Unión,

allí donde se encontraba Luis Iriondo. "Cuando todo acabó, salí y vi como mi padre y mis dos hermanos sacaban de la casa en llamas cajones con cubiertos de plata, un saco de garbanzos y una fresquera". La casa ocupaba la parte de arriba del bar que la familia regentaba y que hoy aún lleva su nombre, aunque haya cambiado de dueño.

El pequeño de los Arrién miraba atónito la escena, cuando recordó el abigro que su madre le había comprado por Pascua. "Era la pieza de ropa nueva de todo el año y le dije a mi madre que iba a borrarla. Me pegó tal sopapo que me tiró al suelo". El abigro marro de Ricardo se quemó, pero entre lo poco que el padre y los hermanos mayores lograron salvar "tuvo que estar esta foto", dice, y acaricia involuntariamente en la imagen esa cara, su cara, que fue rosa, la que medio sonriente levanta la

jarra durante las fiestas de San Juan, en Rigoitia, el caserío, lleno de amigos que comieron y hablaron hasta la noche, con la desprecocación que da la diversión.

A los meses del brutal ataque, la familia Arrién regresó a Gerritka. Con los escombros de su casa, donde encontraron intacta la moneda de oro que el padre había escondido bajo la mesa, construyeron una nueva. Fue la primera que se inauguró en el pueblo en mayo de 1938. Y en su nuevo hogar se tomaron otra instantánea, un retrato que el hijo menor aún guarda. "Recopilo todo esto, y además le conté en la tele, lo llevo a la Asociación Gerritkarría, donde investigan nuestro pasado".

Juan Antonio Arrién, hijo de Ricardo, es uno de los seis miembros que forman esta asociación, que, junto con la Junta

de Gerritka-Gogorrituz, trabaja por la recuperación de la memoria histórica. Casi todos son profesores de historia que durante 21 años se han dedicado a desmontar algunas de las teorías sobre el bombardeo. Como la de que los muertos se cuentan por miles. "En aquel momento no hubo datos oficiales, porque a los tres días los nacionales ocuparon el pueblo, y luego, en un folleto impreso por el Gobierno de la República, se habló de 1.654 muertos y 889 heridos. Sorprende que haya más muertos que heridos, y también llama la atención que no haya fosas comunes", explica José Ángel Etxaritz, Gernikazarra Historia. "Algunos dicen que los muertos en el ataque no sobrepasaron los 150. La organización trata además de recopilar las pocas fotos que existen y les ayudan a recomponer el mapa vital de esta ciudad en la que sólo el 1% de los edificios quedó intacto.

Esa suerte tuvo Josefina Oñizola. Su vivienda, un caserío en el Kosnuega, el monte donde Pedro Bailino se escondió, quedó indemne. Oñizola estaba la tarde del 26 de abril en el mercado con su madre, vendiendo sus horritallas. Las primeras bombas la llevaron a esconderse en su casa, hasta donde subió tirando de su hijo. Pasó horas escuchando las detonaciones en este lugar de un verde vivo, de ruidos arrastados, al que desde hace medio siglo no volvía y que hoy casi no reconoce. "José, chico, cómo está esto". Y sus ojos sueñan: "Aquí teníamos tres cerdos, dos para vender y uno para comer, la cochina, al otro lado... (Como he cambiado todo)".

Tanto, que en el lugar desde donde se divisaba la contienda, hoy se alzan grietas. Josefina mira hacia el horizonte, señalando en sus manos la imagen en blanco y negro de su primera comunión, y cuenta entre risas: "No tengo más fotos; no por que se quemaran, sino porque en casa no había de esto...". Se frota los dedos para señalar que no tenían dinero. Por eso, el traje fue alquilado y todo lo que hubo en la celebración fue una chocolatada. Hoy, >

Un recuerdo de Guinea

Pedro Bailino, de 86 años. En la foto de la izquierda tenía 12.

Esta fotografía es de 1932. El padre de Pedro Bailino se encontraba "delicado de salud" y uno de los hermanos, que trabajaba en la Guinea española, pidió un recuerdo a la familia. Posaron "vestidos de domingo". La imagen se le envió. En 1937, Pedro vivió el bombardeo agarrado entre los abustos del monte Kosnuega, el mismo al que ha regresado a fotografiarse (derecha). Allí vivió como su casa se destruyó por completo. Se quemaron todos sus recuerdos. Cuarenta años después, el hermano de Pedro volvió con la foto. La única que hoy guarda la familia, y en la que Bailino puede recordar a su padre, al que no volvió a ver después de la guerra. ●



50 años



La suerte de una casa que resultó intacta

Josefina Ochozola, de 84 años. La foto de la primera comunión es de cuando tenía 8.

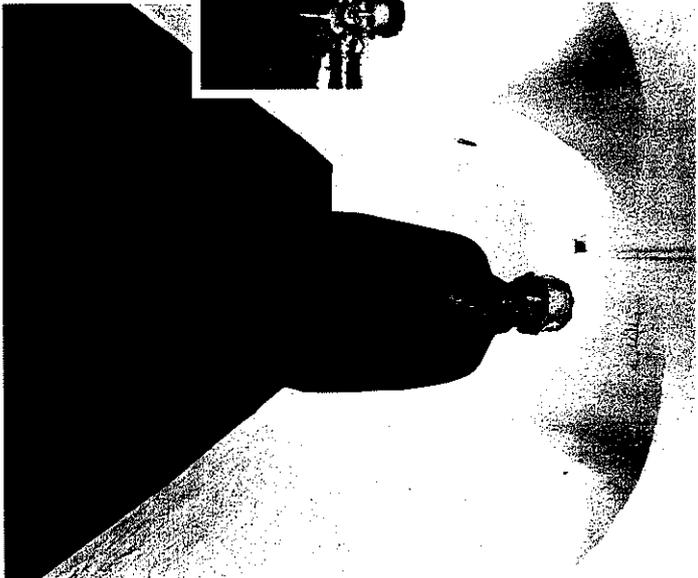
Fue de las pocas personas que tuvieron suerte. Su casa, a la que lleva este camino en el que hoy posa, quedó intacta durante el ataque de los sicarios de la Legión Condor y la Aviación Legionaria. Por eso, Josefina Ochozola guarda aún la fotografía de su primera comunión. Solo el 1% de las viviendas de Gemina quedó indemne; la mayoría fueron destruidas por completo o dañadas. "Yo fui una afortunada porque mi casa estaba en la montaña", asegura hoy Ochozola, mientras observa el lugar en el que pasó su infancia. No había vuelto aquí desde hacía 50 años. ●



Una imagen en la catedral

Luis Hondo, de 84 años. Añulo, con 14.

Tenía 14 años cuando empezó la guerra. Pocos días antes, su amigo Julio Benítez le hizo este retrato. Benítez se había quedado a cargo del estudio de fotografía donde era ayudante. A su jefe, José Pérez Callejo, los republicanos le habían metido en la cárcel por carlista. Hondo y su amigo aprovecharon la ausencia del dueño para aprender a hacer fotos y revelarlas. Cuando el 26 de abril de 1937 los aviones alemanes e italianos bombardearon y anularon la población de Gerrika durante tres horas, Hondo se resguardó en un refugio (foto de la derecha). Hoy se ha convertido en la parte trasera de un baño en un centro para personas mayores. Sin luz ni aire, a Hondo le aterraba "morir vivo". Y raza, con su retrato en la catedral. Al salir del refugio descubrió cómo los proyectiles habían destruido su casa. Se quedó sin nada. Lo único que salvó Luis Hondo de su pasado es la foto que apareció a revelar con su amigo antes de que estallara la guerra. ●



La imagen de una niña de ocho años vestida de blanco, encerrada en un marco de plata, reposa en su nueva casa al lado de otra a la que Josehina tiene gran apego: la de su marido, Martín, "que murió hace seis años". Los fetos de la primera comunión de Consuelo Aguirre-Amalúa se quemaron antes de que pudiera verlos. "Estaban en el estudio del fotógrafo porque hacía 15 días que la había hecho cuando bombardearon", explica. Sin imágenes, no tiene recuerdos. "El impacto fue tan grande que todo se me olvidó". Su hermana Manuela la refresca la memoria:

"Pero si tomamos unos pasteles increíbles... Me acuerdo perfectamente".

Manuela recuperó dos fotografías del pasado, una de Consuelo con pocos meses de edad—"sé que es ella por el kiki" y otra que le sacaba un madre por delante, porque decía que no tenía pelo—. Y otra suya con algún año más—"¡Mamá, es que parvazo Shirley Temple!", dice por su aspecto de niña con pose de adulta—. Las dos instantáneas las tenía una de sus tías que residía en Liverpool. "Mi madre se las envió a Inglaterra". La madre de las hermanas Aguirre-Amalúa fue la única que se quedó en

Gerrika. Los demás hermanos viajaron al extranjero. "Cuando volvían a visitarnos, todo el mundo nos miraba porque nuestra tía, por ejemplo, era vilda y llevaba con vistosos trajes rojos y sombreros increíbles", recuerda Manuela. Muchos años después de volver del exilio en Francia, como muchos otros, de viaje de novios en Liverpool descubrió los retratos en casa de su tía. "Fue el mejor regalo de boda que me pudieron hacer". Eso y una antigua máquina de coser que su padre rescató como pudo de las llamas son los únicos objetos que guardan. Todo lo demás ha desaparecido. ●

El mejor regalo de boda

Manuela (izquierda) y Consuelo Aguirre-Amalúa, de 77 y 79 años.

Con letra fina sobre un papel pagado tras una fotografía en blanco y negro se lee: "A mi querida hermana Eugenia, le dedica este pequeño recuerdo como sobrina...". Este retrato de niña de Manuela Aguirre-Amalúa es para ella un tesoro. Al igual que aquel oro de bebé de su hermana Consuelo. Todas las demás fotos de su infancia en Gerrika se perdieron entre las llamas, en su casa bombardeada. Las dos indígenas las rescató Manuela muchos años después de volver de su exilio en Francia. Las guardaba su tía Eugenia, que vivía en Liverpool. "Ella me había hecho este vestido de lana fina, y mi madre le envió la foto". De viaje de novios en Inglaterra, Manuela las descubrió. "Fue mi mejor regalo de boda". ●



64 EPS



EL RIO DE LA VIDA. Es el símbolo de la fertilidad para los habitantes de Níger. Adilas, Níger. 1985.

LOS NIÑOS DEL AGUA

EL NIGER es un río limpio, lozudo y amante del riesgo. Persigue el camino del desierto cruzando ciudades arcaicas de leyenda, como Tombuctú. Pero los seres mágicos e invisibles que lo habitan lo reconducen hacia el mar, mientras protegen a todo aquel que se acerca a sus orillas. Por Chema Rodríguez. Fotografía de Alvaro Leiva.

EPS 67